

# La filosofía de Alfred North Whitehead

## UNA BREVE INTERVENCION

Por JORGE ENJUTO

### PROLOGO

Los sistemas filosóficos se nos presentan como totalidades abiertas, o cerradas, con un sentido que les es propio y que sólo se capta en su conjunto. Al acercarnos a ellos tendemos a descubrir primero aquellas ideas que nos son familiares; el tiempo y el trabajo puede llevarnos a encontrar el patrón que vincula la totalidad.

Una Introducción a una filosofía específica no debe intentar definir este patrón: únicamente se nos da cuando lo descubrimos desempeñando su función dentro del sistema. La Introducción debe buscar señalarlo, apuntar hacia sus rasgos más característicos, abriendo una ventana que nos permita ver algo del contenido interior, sin ir más allá.

La que hoy ofrecemos a la filosofía de Whitehead intenta seguir esta pauta. No es, pues, un trabajo orientado hacia el especialista. Busca despertar el interés del lector culto hacia un pensamiento filosófico actual y enriquecedor casi desconocido, por desgracia, en nuestro mundo de habla hispana.

He empleado principalmente como referencias las obras originales de Whitehead. De los trabajos críticos escritos sobre su filosofía me he referido con más frecuencia a los de A. H. Johnson: *Whitehead's Theory of Reality*; Ivor Leclercq: *Whitehead's Metaphysics*; y N. Lawrence: *Whitehead's Philosophical Development*. Hago frecuentes referencias al libro editado por Paul Arthur Schilpp, *The Philosophy of A. N. Whitehead*, que contiene una magnífica colección de ensayos escritos por los más destacados especialistas whiteheadianos. Una de las mejores exposiciones de la doctrina de Whitehead se encuentra en este libro. Me refiero al ensayo de Víctor Lowe: *The Development of Whitehead's Philosophy*".

La Bibliografía que ofrecemos no es completa. De los libros de crí-

tica y exposición de la filosofía de Whitehead se dan la mayor parte de los publicados hasta la fecha, al menos los más importantes. De los ensayos y artículos en revistas profesionales se cubren, aproximadamente, los más importantes aparecidos hasta 1955. De los publicados posteriormente se ofrecen relativamente pocos. En la bibliografía de las obras y ensayos de Whitehead se han dejado fuera un reducido número de menor importancia. Para aquellos que interesen una bibliografía completa de todo lo publicado por Whitehead, con recensiones escogidas comentando las obras, véase la preparada por Víctor Lowe (*Writings of A. N. Whitehead to November, 1941*), publicada por la Universidad de Harvard en 1941. Esta misma bibliografía aparece con una *Addenda*, abarcando hasta el 3 de enero de 1951, en el libro *The Philosophy of A. N. Whitehead* de P. A. Schilpp. (2.ª Ed. Tudor Publishing Co., N. Y., 1951, pp. 749-778.)

Luarca, agosto, 1964.

J. E.

## I

### COMENTARIOS SOBRE LA METAFISICA

Las ideas no se dan en el vacío. Reflejan, en mayor o menor grado, la realidad que las hizo posibles y sobre la que, a fin de cuentas, habrán de proyectarse, conformándola.

El espacio-tiempo de la realidad concreta parece ser, sin embargo, marcadamente diferente de aquel en que se encuentran las ideas. Mientras en el primero el cambio, el proceso, es un fenómeno inherente, en el segundo este fenómeno no tiene lugar por sí mismo y, si lo tiene, sus caracteres son distintos a los que encontramos en el mundo de lo concreto. Esta situación crea un problema que ha venido estudiándose desde antiguo. Consiste éste en que mientras las ideas tienden a ordenarse en el tiempo en cosmovisiones fijas, el mundo que deben reflejar va cambiando a un ritmo, al parecer, cada vez más acelerado, con la consecuencia generalmente admitida de que, al cerrarse la cosmovisión con una explicación más o menos congruente de la realidad conocida, nos encontramos con que el sistema tiende a ser inoperante frente a los cambios ocurridos en el ámbito que le dió origen.

Desde el siglo XIX se ha venido produciendo una transformación radical en nuestro mundo. Pudiera aceptarse, con las naturales reservas, que la revolución científica ocurrida durante los siglos XVII y XVIII retuvo en sus bases, o al menos empleó como premisas, un número de categorías lógicas adscritas a la metafísica de Aristóteles, interpretada acaso a la luz del pensamiento posterior.

Ahora bien, toda metafísica lo es de una física —de un ámbito de fenómenos concretos— y el mundo que dió lugar a una concepción como la de un Galileo y la de un Newton aporta una serie de nuevos elementos que al retraducirse de la cosmología al orden social revolucionan el mundo moderno. Sólo hace falta señalar, por ejemplo, la influencia que las leyes físicas de Newton tuvieron en la estructuración teórica del liberalismo;

sobre todo en la concepción misma de los llamados Derechos Humanos, como se ha dicho en más de una ocasión.

Lo señalado apunta hacia el hecho de que una filosofía no tiene necesariamente que ser trascendente en el sentido en que comúnmente se emplea el término. En sus primeras etapas tiende a la inmanencia, intentando organizar lo dado en función de la novedad. Si la doctrina liberal se impuso en su tiempo en casi todos los países civilizados fué, indudablemente, porque era más útil. Sólo después de ocuparnos de solucionar los problemas que el medio nos plantea podemos dedicarnos a los otros. *Lo primero es vivir, lo segundo vivir bien, lo tercero, vivir mejor*, nos dice Whitehead<sup>1</sup>.

Pero no todos los hombres viven en igual nivel y las sociedades reflejan fielmente este hecho. La gran mayoría del género humano sólo vive, una minoría vive bien, y un grupo aún más pequeño vive mejor. La metafísica auténtica es la que nos orienta a todos hacia ese vivir mejor de que nos habla Whitehead. Porque vivir mejor no debe entenderse únicamente en un sentido práctico: una vida mejor permite al hombre lograrse plenamente como ser humano dentro de las posibilidades que le son dadas. Pero el paso de estas etapas hacia la última supone la aceptación del cambio, del proceso, y este hecho, en sus consecuencias inmediatas, no necesariamente conviene a lo cambiante, que busca afincarse en la permanencia en base personal. Ya lo dijo Spinoza: todo lo que es tiende a seguir siendo. Pero Whitehead señala que la permanencia es, a fin de cuentas, lo más alejado de lo vital: los objetos más permanentes son las piedras<sup>2</sup>.

El hombre se hace por lo demás, por su pasado, y a los demás que han de ser en el futuro devuelve lo que recibió con una aportación nueva que le es propia, que sólo él puede dar, para seguir, por ello, siendo en los otros cuando muere. El mundo actual es proceso, y el conservadurismo oculta en su fondo el miedo a la libertad que el devenir nos regala; porque el precio de la libertad es la muerte.

Una nueva metafísica conduce, en último término, a la reestructuración del orden social en función de los nuevos valores que supone. Sin embargo, los intereses creados son a veces demasiado poderosos para permitir que esto ocurra sin presentar combate. Hobbes intenta en un principio conciliar las nuevas ideas de su época con las instituciones establecidas; hoy en día, el proceso de divorcio entre realidad e instituciones está tan avanzado en nuestro mundo occidental que esta conciliación ya ni siquiera se intenta.

La filosofía puede ser inmanente o trascendente, según se ocupe de *lo dado* o de *lo por darse*, pero una filosofía no es completa mientras no abarque, o intente abarcar, los dos ámbitos. Como la metafísica de Aristóteles había logrado alcanzar un cierto nivel de trascendencia, la palabra *metafísica* adquiere el sello que el aristotelismo medieval le presta, y las tendencias del progreso en la Edad Moderna tienden a rechazar la meta-

<sup>1</sup> *The Function of Reason*, Beacon Press, Boston, 1958, p. 8. En la primera cita que se haga sobre cualquier obra de WHITEHEAD se ofrecerá la información bibliográfica pertinente a la edición empleada. En

cualquier mención posterior sólo se darán las iniciales del libro y el número de página. He preferido usar los originales en lengua inglesa.

<sup>2</sup> FR. p. 4.

física por inoperante. Es Kant, tiempo después, quien más a conciencia intenta derivar de la nueva física las bases para una concepción metafísica integral y renovadora, pero tuvo que buscar otros derroteros por los vicios de la física clásica. Pese a su genialidad, el sistema quedó algo atrás relativamente pronto. Kant no pudo tomar en cuenta los cambios que habrían de tener lugar en la nueva física relativista, en especial en lo referente a los conceptos de espacio y de tiempo.

Con el descubrimiento de los fenómenos electromagnéticos, para sólo referirnos a la física, la situación sufre una transformación radical. Las leyes inmutables del universo newtoniano no parecen aplicar al nuevo ámbito de fenómenos y la metafísica de entronque aristotélico, ya malparada en los dos siglos anteriores, entra definitivamente en crisis en el nuestro. Bueno es recordar que la aparición de un nuevo campo de fenómenos no anula las soluciones aplicables al anterior. Sin embargo, si la filosofía intenta ser la ciencia de las últimas generalizaciones el sistema filosófico debe renovarse a la luz de las nuevas experiencias.

Lo que ha venido llamándose metafísica durante los últimos tres siglos no ha sido capaz de cumplir esta necesidad de replanteamiento y renovación. En consecuencia, una buena parte del pensamiento actual de dimensión creadora, rechaza la metafísica en principio. La filosofía inmanentista de entronque empiricista, no pudo extenderse más allá de sus propios límites. Los racionalistas cartesianos desembocan en un idealismo inoperante. Sólo Kant echó a volar la paloma.

En el mundo actual Whitehead viene a ocupar el lugar que el gran filósofo alemán dejara vacío, intentando, como él, sentar las bases para una metafísica nueva.

Salvo los intentos moralistas del existencialismo de un Sartre —también los griegos tuvieron sus moralistas cuando se derrumbó su mundo— sólo Heidegger, anteriormente, intenta dar un nuevo rumbo a la filosofía. Pero como una vez lo llamó un gran maestro, Heidegger es el último escolástico, y su visión nos lleva de nuevo hacia el origen para encontrar la verdad en un proto-lenguaje presocrático. Sin menoscabo del incuestionable mérito filosófico de los mencionados pensadores, no son, a nuestro juicio, sus caminos los afines al hombre contemporáneo que mira hacia el futuro. El existencialismo solipsista sartriano, por más vueltas que quiera dársele, es una doctrina de derrota y soledad que tiende a llevarnos a la aceptación del absurdo: pero el absurdo es sólo lo que no entendemos. El mundo *puede* ser racional, y cuando no lo es hay que cambiarlo para que lo sea.

En cuanto a la filosofía de un Heidegger, el único comentario que podemos hacer es que, aunque venimos de los griegos y les debemos quizá la mayor parte de lo que somos, no podemos a ellos regresar en busca de soluciones. La más básica experiencia cotidiana nos demuestra que el tiempo es irreversible. Por otra parte, no es cuestión de seguir siempre viviendo a costa de los griegos, de lo que los griegos pensaron por nosotros. Su pensamiento está en el nuestro, pero el mundo de un Heráclito y el actual son definitivamente diferentes. Aunque en lo esencial los problemas clave sean los mismos, sus contenidos y las fórmulas de planteamiento y solución, definitivamente no lo son.

La nueva filosofía de renovación que conocemos como materialismo dialéctico, ha venido enfrentando con cierto éxito los problemas sociales del mundo actual, de ahí el ímpetu de su expansión. Su mayor utilidad proviene de que se funda en premisas más nuevas que las empleadas por el liberalismo tradicional. Su metodología dialéctica acepta el proceso y la transformación por influencia de la lógica hegeliana y del darwinismo. Sin embargo, el materialismo dialéctico no tuvo tiempo de desarrollar una metafísica; sólo pudo, de pasada, ofrecernos una ideología, que es en lo que las metafísicas tienden con gran frecuencia a convertirse. Pero el materialismo dialéctico no toma —ni pudo históricamente hacerlo— en cuenta los nuevos mundos que la física moderna nos descubre y, en consecuencia, la nueva metafísica que esperamos no puede fundarse sólo sobre él.

No obstante, ninguna nueva interpretación del mundo puede dejar de considerar aquellos elementos que el materialismo dialéctico genuinamente aporta al avance de la sociedad, que no son pocos. La filosofía de Whitehead parece tener esto en claro.

Hay quien señala que en la obra de nuestro filósofo existe implícita una concepción marxista del mundo. No puede tomarse esta afirmación a la ligera; por otra parte, sería demasiado simplista aceptarla sin explicación. Whitehead se refiere muy escasamente al marxismo, pero cuando lo hace lo presenta en una luz positiva. En una ocasión compara la actual situación del marxismo en los Estados Unidos (escribe antes de 1933) con la de los Cristianos en el Imperio Romano, señalando que, por su carácter revolucionario, ambas doctrinas fueron consideradas peligrosas por los grupos dominantes<sup>3</sup>.

Existe también un capítulo clave que, por lo general, pasan por alto sus comentaristas. En él se hace un análisis de la idea de libertad, señalando los malabarismos que con este término hace el liberalismo tradicional en nuestro mundo. "Cuando pensamos en la libertad", nos dice, "tendemos a confinarnos a las libertades de pensamiento, de prensa y de opiniones religiosas... Esto es totalmente erróneo... Los hábitos masivos de la naturaleza física, sus férreas leyes, determinan la escena del sufrimiento de los hombres.

...La esencia de la libertad es la practicabilidad de propósito... Prometeo no trajo a la humanidad la libertad de pensar. Procuró el fuego, que obediente al propósito humano cuece nuestros alimentos y nos da calor. De hecho, la libertad de acción es una necesidad primaria humana. *En el pensamiento moderno, la expresión de esta verdad ha tomado la forma de la interpretación económica de la historia.* (El subrayado es nuestro).

El hecho de que la interpretación económica sea un pensamiento nuevo que aparece en los últimos sesenta o setenta años, ilustra un hecho sociológico importante. El mundo literario a través de todos los tiempos, ha pertenecido primordialmente al afortunado sector de la humanidad cuyas necesidades básicas han sido ampliamente satisfechas... Las clases

<sup>3</sup> *Adventures of Ideas*. The MacMillan Co. N. Y., 1954, p. 69.

afortunadas ignoran el hecho de que a través de los tiempos las masas de la humanidad han vivido en constante temor de desastres, tales como la sequía, el verano lluvioso, la mala cosecha... Las necesidades básicas, cuando se satisfacen, dejan de dominar el pensamiento. Sólo cuando tenemos el estómago lleno pueden apreciarse las delicadezas del gusto<sup>4</sup>.

La cita señalada no debe interpretarse como un intento de presentar a Whitehead como un marxista ortodoxo, ni siquiera como un marxista, si se nos apura. Whitehead era cabalmente un filósofo y como tal *no* estaba comprometido *a priori* con ninguna doctrina que lo desviara de su aguda observación de los hechos concretos de los que intenta partir.

No obstante, es indudable que la filosofía de Whitehead *supone* el marxismo y que las conclusiones que de su pensamiento pueden derivarse concuerdan, en buena medida, con las premisas básicas sentadas por la doctrina de Marx. Por otra parte, la filosofía de Whitehead va más allá. Y es así porque incorpora a su pensamiento una serie de elementos nuevos, de nuevas experiencias, que, como dijimos, el marxismo no pudo históricamente abarcar. Acepta los elementos positivos que el marxismo ofrece, sin por ello prescindir de la rica herencia que el liberalismo nos legó; sin rechazar tampoco todo lo que el pasado, aun el más remoto, ofrece al hombre como fuente de experiencia.

Su definido ataque contra todo dogmatismo estrecho lo situaría frente al marxismo tradicionalmente entendido —o sea, contra el marxismo mal entendido, que también se niega a cambiar— ese marxismo ya casi histórico que muestra al presente una clara promesa de renovación. Whitehead acepta los condicionamientos naturales a la libertad, atacando el mito que, para su conveniencia, un liberalismo trasnochado ha tratado de imponernos. Por otra parte, aceptando que la primera dimensión de la libertad es la económica —la libertad de acción—, defiende como imprescindible la libertad de pensamiento. Ambas cosas cobran sentido necesario en la estructura de su filosofía. Las necesidades vitales son primordiales, sin ellas ninguna cosa es posible; pero no son sólo las únicas, ni por ser primarias son las más importantes. Lo primero es vivir, lo segundo vivir bien; después puede empezar a pensarse en vivir mejor.

Todas las tendencias filosóficas de carácter cientificista, incluyendo al marxismo, rechazan la metafísica abiertamente. Sus problemas parecen haber perdido sentido frente al mundo contemporáneo. Whitehead intenta recordarnos que la verdad es exactamente lo contrario.

Así como el hombre es ateo de un específico concepto de Dios y nunca de Dios mismo, llámesele como se le llame, los antimetafísicos lo son en función de una metafísica tradicional a la que, con razón, se oponen. Sobre todo, cuando se emplea, como se ha venido empleando, para enmascarar los hechos más evidentes y a veces vergonzantes. Nuestro mundo no puede, sin embargo, darse el lujo de prescindir de *la* metafísica, aunque rechace por inoperante *una* especial.

<sup>4</sup> *Id.* pp. 83-86.

## II

## LA AVENTURA METAFÍSICA DE WHITEHEAD

El intento de ofrecer una visión congruente del mundo actual no es exactamente novedoso, puesto que el mundo es actual siempre. Ocurre, sin embargo, que el trabajo de pensarlo nos es duro e ingrato, y, como señalara Ortega en su ensayo *Ideas y Creencias*, tendemos a vivir de las ideas que pensaron los que se atrevieron antes que nosotros, convertidas en premisas de nuestro actuar a través de la costumbre.

No se trata en este ensayo de señalar que los nuevos valores que esperan definición hayan de derivarse de las nuevas leyes que nos ofrece la física contemporánea, o el marxismo, o cualquier otro campo específico de investigación. Lo nuevo, por ser nuevo, no es necesariamente más verdadero que lo antiguo. Lo que sí se señala es que no se puede pensar seriamente en solucionar los problemas que se nos plantean sin tomar estos ámbitos en consideración.

En nuestro mundo hispánico se han dado algunos intentos de búsqueda: entre ellos destacan los de Zubiri, Aranguren y García Bacca. Probablemente sea García Bacca quien se ha planteado el problema en forma más definida dedicando un serio esfuerzo a encontrar fórmulas de solución. La primera parte de su *Metafísica*, de reciente aparición, es patente prueba de ello.

Pero el intento de mayor éxito de ofrecer una visión congruente del conjunto de problemas que nos plantea el mundo actual, se encuentra en la filosofía de Whitehead.

Sin embargo, su doctrina es casi totalmente desconocida en nuestro mundo, pese a que varias de sus obras han sido traducidas al español<sup>5</sup>.

Ello se debe, principalmente, a la falta de trabajos introductorios de esta filosofía en nuestra lengua y al hecho de que los poquísimos que se han escrito no han tenido una extensa difusión en España<sup>6</sup>. Por otra parte,

<sup>5</sup> Hasta donde sabemos, los libros traducidos al español son, hasta el presente, los que a continuación se ofrecen: *Naturaleza y Vida (Nature and Life)*, Imprenta López, B. A., 1941. Estudio preliminar, traducción y notas de RISIERI FRONDIZI. *Modos de Pensamiento (Modes of Thought)*, Ed. Losada, B. A., 1944, traducción de JOAQUÍN XIRAU. *Aventuras de las Ideas (Adventures of Ideas)*, ed. Janés, Barcelona, 1947, traducción de CARLOS BOTET. *La Ciencia y el Mundo Moderno (Science and the Modern World)*, Ed. Losada, B. A., 1949, traducción de MARÍA ROSA LIDA. *Proceso y Realidad (Process and Reality)*, Ed. Losada, B. A., 1956, traducción de J. ROVIRA ARMENGOL. *Los Fines de la Educación (The Aims of Education)*, Ed. Paidós, B. A., 1957, traducción de DORA IVNISKI.

<sup>6</sup> Los únicos estudios que sobre el tema conozco en español —sin considerar las menciones y explicaciones de las historias y diccionarios de filosofía, necesariamente simplificadas— son el Estudio Preliminar ("Conceptos Fundamentales de la Metafísica

de Whitehead"), de RISIERI FRONDIZI, en su traducción de *Naturaleza y Vida*, y un largo (172 p.) y bien documentado capítulo ("A. N. Whitehead o la Metafísica del Ser Actual") que Juan David García Bacca incluye en su obra *Nueve Grandes Filósofos Contemporáneos y sus Temas*, Imprenta Nacional, Caracas, 1947, Vol. II, pp. 187-359. Siento no disponer de momento del ensayo del Prof. FRONDIZI, cuyo trato y aliento me llevaron a interesarme en la filosofía de Whitehead. Su lectura, años atrás, me aclaró muchos puntos oscuros. El trabajo de GARCÍA BACCA es sumamente útil para entender la estrecha vinculación de la filosofía de Whitehead con la física moderna. Sólo alguien tan versado como lo está el Prof. GARCÍA BACCA en filosofía y física-matemática, pudo haber traducido con tanta sencillez y precisión las leyes básicas de la física contemporánea a las Categorías del sistema filosófico de Whitehead. Ambos libros son extremadamente difíciles de conseguir por haberse agotado las ediciones.

los trabajos a que me refiero son anteriores a la traducción de *Proceso y Realidad* (1956), el libro clave de la filosofía de Whitehead. Sólo un corto número de especialistas han tenido acceso al libro en su original inglés, y aun así su estudio exige un gran esfuerzo por lo condensado de la obra. lo complicado de su estructura y el empleo de una terminología nueva y difícil de dominar.

No es totalmente cierto que la obra de Whitehead padece de oscuridad de expresión, como se señala con frecuencia. Los temas que estudia son abarcadores y complejos y suponen un conocimiento, al menos mínimo, de la nueva física y de los problemas que plantea. En nuestro ambiente cultural sólo un reducido grupo de estudiosos de la filosofía ha orientado su interés hacia esos campos. Por otra parte, su obra supone también un conocimiento general de la filosofía pura, con la consecuencia concomitante de que aquellos que se dedican a la ciencia tienden a perder fácilmente de vista los objetivos primordiales de su pensamiento.

Toda filosofía original exige un vocabulario propio. No se es original por el vocabulario, como muchos parecen creer: ocurre que el replanteamiento de viejos problemas y el descubrimiento de los nuevos exige al filósofo acuñar nuevas palabras que reflejen fielmente su decir, ya que el empleo de las tradicionales lleva una carga emotiva que las asocia a categorías de pensamiento, que pueden ser, para el caso, inoperantes. La terminología de Whitehead, de no dominarse bien, dificulta grandemente la comprensión de su doctrina. Es posible que la extensión de esta terminología hubiera podido limitarse a un mínimo, pero es dudoso que, de poderlo hacer, Whitehead no lo hubiese hecho. La dificultad de los términos estriba mayormente en el método que se utiliza para emplearlos. La estructura del pensamiento de nuestro filósofo es matemática, y cada uno de los términos que emplea va cambiando paulatinamente de sentido para abarcar los nuevos problemas a que se enfrenta. Esto no sólo aplica a las diversas etapas de evolución de su filosofía; también lo vemos en su obra fundamental *Proceso y Realidad*, donde la terminología parece adquirir un cierto sentido final.

Para Whitehead, bueno es señalarlo, toda realidad —y en este caso, todo término— cambia de sentido en función del ambiente en que se sitúe. Una piedra no es lo mismo cuando la encontramos en mitad del campo que cuando refuerza las murallas de una fortaleza.

Otro de los problemas que enfrentamos al intentar entenderlo es que, pese a que tengamos un conocimiento general de la nueva física, este saber no cala lo suficientemente hondo en nosotros e, inconscientemente, tendemos a juzgar la filosofía whiteheadiana con las premisas implícitas en nuestro pensar: el peso que nos ha quedado de la física clásica y de la metafísica tradicionalmente entendida. En el siglo XVIII sólo unos pocos dominaban el pensamiento newtoniano; hoy día, las bases de ese pensamiento —y, naturalmente, las premisas lógicas del anterior— se reciben en los tempranos años a través del lenguaje común y de las primeras experiencias escolares. Acaso en el siglo XXI se piense con las categorías de la física relativista con la misma familiaridad con que nosotros empleamos las de la clásica. Quizá entonces pueda entenderse cabalmente a Whitehead.

Hay que admitir que en la obra de Whitehead existen algunas aparentes contradicciones producidas mayormente por el empleo de términos precisos con sentidos distintos<sup>7</sup>. No obstante, la mayor parte de estas contradicciones parecen conciliarse a la luz de la totalidad de su filosofía. En conjunto, el pensamiento de Whitehead presenta una armonía de sentido pocas veces alcanzada en la historia del filosofar.

### LAS TRES ETAPAS DEL PENSAMIENTO WHITEHEADIANO

Whitehead fué, como hemos señalado, un matemático de reconocida fama. Es, pues, de la ciencia de donde su pensamiento filosófico arranca. Su evolución pasa por tres etapas definidas. En la primera, se ocupa de los problemas de la matemática pura y de la lógica matemática. De esta época, entre otros muchos trabajos y ensayos técnicos, ha quedado su famosa *Pricipia Mathematica*, obra publicada en tres volúmenes entre los años 1910 y 1913 y escrita en estrecha colaboración con el que fué su discípulo y compañero Bertrand Russell. Tanto la matemática como la lógica deben mucho a las aportaciones de Whitehead en esta primera época.

Después de terminada la Primera Guerra Mundial, publica Whitehead, en 1919, su primer trabajo de filosofía de la ciencia: *An Inquiry Concerning the Principles of Natural Knowledge (Investigación acerca de los Principios del Conocimiento Natural)*, seguido, en 1920, por *The Concept of Nature (El concepto de la Naturaleza)*. Estos dos libros marcan su etapa dedicada a la filosofía de la ciencia.

La tercera etapa, la que puede llamarse de filosofía especulativa, tiene a su vez dos fases que señalaremos a continuación y se inicia, al menos en lo que se refiere a publicaciones, después de abandonar Inglaterra, su tierra natal, para incorporarse al Departamento de Filosofía de la Universidad de Harvard, en los Estados Unidos, allá por el año 1924. Al entonces, Whitehead había cumplido los sesenta y tres años.

La primera fase de su metafísica proviene, pues, de su primera época en Harvard y se inicia en 1925 con *Science and the Modern World (La Ciencia y el Mundo Moderno)*. Esta fase se continúa con *Religion in the Making (El devenir de la Religión)*, en 1926 y *Symbolism. Its Meaning and Effect (Simbolismo: Su significado y Efecto)*, en 1927. Esta primera fase puede, hasta cierto punto, considerarse como un período de transición, como ha señalado N. Lawrence en la Introducción de su documentado y útil estudio sobre el desarrollo de la filosofía whiteheadiana<sup>8</sup>. La cosmovisión total no se halla aún por entero definida y algunos de los términos empleados empiezan a cambiar de sentido para abarcar problemas de naturaleza más amplia. Esta etapa metafísica entra en su segunda fase sistemática con la obra cumbre de nuestro pensador *Process and Reality (Proceso y Realidad)*, publicada en 1929. De esta

<sup>7</sup> Véase al respecto el estudio de A. H. JOHNSON: *Whitehead's Theory of Reality*. The Beacon Press, Boston, 1952, pp. 75-79.

<sup>8</sup> LAWRENCE, NATHANIEL: *Whitehead's Philosophical Development*, University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1956, pref. pp. XIV-XXI.

última época son también *Adventure of Ideas (Aventura de las Ideas)*, en 1933, y *Modes of Thought (Modos de Pensamiento)*, en 1938, entre otras.

Whitehead se ocupa de una variedad de temas que no podemos señalar aquí para no extendernos demasiado. Sin embargo, sus ensayos sobre la educación merecen tomarse muy en cuenta, pues dedicó largos años al estudio de estos problemas, tanto desde el punto de vista práctico como del teórico. Durante su permanencia en el Imperial College of London, sobre todo, desempeña una serie de cargos importantes; entre ellos, el Decanato de la Facultad de Ciencias de esa Universidad y la Dirección del Consejo a Cargo de la Educación en la ciudad de Londres. De este período, con su riqueza de experiencias pedagógicas, sale, en 1916, su ensayo *The Aimus of Education (Los Fines de la Educación)*.

Es evidente que las tres etapas señaladas se encuentran íntimamente vinculadas en el pensamiento de nuestro filósofo. Los problemas de carácter metafísico lo acompañan, de hecho, mucho antes de que se decidiera a escribir sobre el tema. Señala, por ejemplo, en el Prólogo a *Proceso y Realidad*, que el contenido del libro es fruto de largos años de meditación<sup>9</sup>, cosa por demás evidente para cualquiera familiarizado con la obra. Lo mismo ocurre con *La Ciencia y el Mundo Moderno*, que pudo escribir a razón de un capítulo semanal —en una época en que dedicaba un buen número de horas a sus tareas docentes regulares— por el hecho de que “discutió los temas por los anteriores cuarenta años”<sup>10</sup>.

Como señala Víctor Lowe<sup>11</sup>, ya en las *Turner Lectures* que ofreció en el Trinity College de Cambridge en 1919 y que se publicaron en 1920 con el título de *The Concept of Nature*, Whitehead describe el fin de la filosofía como “el logro de algún concepto unificador que sitúe en relaciones asignadas dentro del tal concepto todo lo que sea dable al conocimiento, al sentir y a la emoción”<sup>12</sup>. Hay que concordar con el Prof. Lowe en que esta temprana ambición filosófica refleja fielmente el sentido de la obra que Whitehead intenta desarrollar en su fase cosmológica.

## INFLUENCIAS FILOSOFICAS MAS IMPORTANTES

Pese a que en sus primeros años de estudios universitarios en Cambridge sus intereses fueron predominantemente científicos, no por eso dejó Whitehead de preocuparse con temas netamente filosóficos. Confiesa, por ejemplo, haber leído hasta aprenderse de memoria partes íntegras de la *Crítica de la Razón Pura*, aunque después pareció perder interés en la doctrina kantiana. Intentó también leer a Hegel, pero nos confiesa, con cierta pesadumbre, que desistió al descubrir que las opiniones de este filósofo sobre las matemáticas se le antojaron como “puras tonterías”<sup>13</sup>.

<sup>9</sup> *Process and Reality*, Ed. The Social Science Book Store (The MacMillan Co.), N. Y., 1941, pref. p. X.

<sup>10</sup> PRICE, LUCIEN: *Dialogues of A. N. Whitehead*, The American Library, N. Y., 1956, p. 11.

<sup>11</sup> “Whitehead’s Philosophical Development”, en: *The Philosophy of A. N. Whitehead*, Ed. por PAUL ARTHUR SCHILPP, 2.<sup>a</sup>

Ed. Tudor Publishing Co, N. Y., 1951, p. 89.

<sup>12</sup> *The Concept of Nature*, Cambridge University Press, Cambridge, 1955, p. 2.

<sup>13</sup> WHITEHEAD, A. N.: “Autobiographical Notes”, en: *The Philosophy of A. N. Whitehead*, 2.<sup>a</sup> Ed., Tudor Publishing Co, 1951, p. 7.

Sus lecturas netamente filosóficas fueron, en conjunto, muy extensas, considerando que Whitehead no fué un filósofo “profesional” durante la mayor parte de su vida. Cuando se hizo profesor de filosofía, lo fué en su sentido más estricto, exponiendo en sus clases sus propias ideas y no las de los demás. Siendo un filósofo original leía la obra de los demás filósofos en función de su propio pensamiento, buscando las concordancias y las discrepancias que en ellos pudiera encontrar<sup>14</sup>.

Es indudable que debió ser muy versado en los escritos de Platón y Aristóteles, a quienes debió leer en el original griego, ya que desde su infancia hasta los diecinueve años leía diariamente algunas páginas de autores griegos y latinos como práctica<sup>15</sup>. Ambos filósofos son mencionados en innumerables ocasiones a través de toda la obra de nuestro filósofo y los llama, en una ocasión, “los fundadores de todo el pensamiento occidental”<sup>16</sup>. De hecho, una buena parte de las premisas de su filosofía se basan en una crítica a las que emplea Aristóteles; en especial a la idea de sustancia<sup>17</sup> y a la relación sujeto-predicado de su lógica<sup>18</sup>. Por otra parte, hace notar que esta última relación no parece haber sido una característica determinante en la especulación filosófica del mismo Aristóteles<sup>19</sup>.

En el fondo, la meta que Whitehead persigue se aproxima bastante a la que, en su tiempo, pareció ser la de un Aristóteles o un Kant. Los tres intentan, a su modo, salvar a la filosofía y a la ciencia de un peligroso dualismo que deja en sombras facetas esenciales del mundo real. Buscan integrar el mundo —en todas sus múltiples fases— en una misma totalidad de sentido.

La influencia de Aristóteles la señala Whitehead una y otra vez. Por ejemplo, nos dice que su Categoría de lo último —la Creatividad— reemplaza la categoría de sustancia primaria aristotélica<sup>20</sup>. También mantiene que su Principio Ontológico se funda en el principio aristotélico de que “aparte de las cosas que son actuales, no existe nada, ni de hecho ni en eficacia”<sup>21</sup>.

El pensamiento platónico parece tener, sin embargo, una mayor atracción para nuestro filósofo. Nos dice que “la más segura caracterización general de la tradición filosófica europea es señalar que consiste en una serie de notas al alcance a Platón”<sup>22</sup> y que, “En Platón las formas del pensamiento son más fluídas que en Aristóteles y, por lo tanto, me aventuro a pensar que son más valiosas”<sup>23</sup>. Ve, asimismo, en la filosofía platónica una mayor intuición matemática, que acerca más su doctrina a la física moderna y a su propio pensamiento que lo que pueda estarlo Aristóteles. “Platón y Pitágoras —nos dice— se encuentran más cerca de la ciencia física moderna que lo está Aristóteles. Los dos primeros fueron matemáticos, mientras que Aristóteles fué hijo de un médico, aunque, por su-

<sup>14</sup> Un buen ejemplo de lo señalado puede encontrarse en el Capítulo VI de *Proceso y Realidad*, que lleva por título “De Descartes a Kant”.

<sup>15</sup> WHITEHEAD, A. N.: “Autobiographical Notes”, en: *The Philosophy of A. N. Whitehead*, 2.<sup>a</sup> Ed., Tudor Publishing Co., N. Y., 1951, p. 5.

<sup>16</sup> Pr. pref. p. v.

<sup>17</sup> Opus cit., pp. 32-79.

<sup>18</sup> Ibid., p. 45.

<sup>19</sup> Ibid., p. 81.

<sup>20</sup> Ibid., p. 32.

<sup>21</sup> Ibid., p. 64.

<sup>22</sup> Ibid., p. 63.

<sup>23</sup> C.N. p. 7.

puesto, no por esta razón fué ignorante en matemáticas”<sup>24</sup>. Y también que “Los físicos están al presente explicando estos hechos químicos (los 92 elementos atómicos y sus limitadas posibilidades de combinación en moléculas) por medio de conceptos que hubieran sido bien venidos por Platón”<sup>25</sup>. Aunque la primera de estas dos últimas aseveraciones no sea de las más felices en Whitehead, ambas, sin embargo, interpretadas a la luz de la perspectiva whiteheadiana, encierran una profunda verdad.

Conviene señalar que pese a la influencia platónica que se percibe en su obra, sobre todo en los llamados “objetos eternos” —parientes lejanos de las ideas arquetípicas del griego— y la que pueda tener de Aristóteles, existen discrepancias muy serias entre el pensamiento de Whitehead y el de estos dos filósofos.

No podemos extendernos demasiado en el tema de las influencias filosóficas. Debe señalarse, un poco de pasada, la importancia que en su formación tuvo la filosofía inglesa en general y en particular la tradición empirista tan constante en el pensamiento anglo-sajón. Comenta con mucha frecuencia los escritos de los empiristas clásicos, especialmente los de Locke y Hume. Cita mucho, asimismo, a los racionalistas europeos; Descartes, Spinoza y Leibniz. En general, parece haber una estrecha congruencia entre los problemas planteados por Descartes, Locke y Hume y los que interesan a Whitehead, pues son estos tres filósofos de quienes más se ocupa. Debe apuntarse que, las más de las veces, los comenta para rebatir sus conclusiones o para señalar cómo algunas de sus ideas fundamentales pueden vincularse a su propia teoría sobre la realidad. Kant tiene también un lugar destacado en la obra de Whitehead, siendo sus posiciones comentadas con frecuencia.

Entre sus contemporáneos destaca especialmente Samuel Alexander. Parece ser que el libro de Alexander *Space, Time and Deity (Espacio, Tiempo y Deidad)* fué de lectura muy sugestiva para Whitehead<sup>26</sup>. Lo mismo señala sobre el libro de Lloyd Morgan *Emergent Evolution (Evolución Emergente)*. Bergson parece haberle causado profunda impresión, acaso, como señala A. H. Johnson<sup>27</sup> por la importancia que este filósofo da a la idea de “proceso” y por su introducción en filosofía de las implicaciones orgánicas de la fisiología. James, Bradley y Dewey son, entre otros, citados y discutidos con frecuencia. Se hace especial mención de T. P. Nunn por algunas de sus ideas que anticipan las doctrinas del realismo reciente<sup>28</sup>. Durante sus años en Norteamérica muestra seria consideración por la obra del español Jorge Santayana, educado en los Estados Unidos y también profesor en la Universidad de Harvard.

Debe señalarse que aunque Whitehead tiene una serie de puntos de contacto con los filósofos mencionados y con otros que no lo han sido, no puede decirse que su filosofía dependa de ninguno de ellos en particular. Esto pese a que muchas veces el mismo Whitehead acentúa esta posibilidad de influencia debido a su natural modestia y exagerada honestidad intelectual.

<sup>24</sup> *Science and the Modern World*, The MacMillan Co., N. Y., 1950, pp. 42-43.

<sup>25</sup> PR., pp. 145-146.

<sup>26</sup> SMW., pref. p. xi.

<sup>27</sup> *Whitehead's Theory of Reality*, pp. 132-135.

<sup>28</sup> PR., pref., p. vii.

## LA FILOSOFIA ESPECULATIVA

La nueva metafísica que Whitehead intenta ofrecer no empieza, pues, de la nada. Nos dice que “un sistema filosófico nunca se refuta; sólo se abandona”<sup>29</sup>, y ello parece deberse, como señalamos en un principio, a que al pasar de los años el tal sistema deja de incluir nuevos y obvios elementos de la experiencia humana. Por esta razón el sistema deja de ser adecuado. No por ello estos sistemas se convierten totalmente en inoperantes, ya que “el conjunto de sistemas filosóficos expresa una variedad de verdades generales sobre el universo que esperan ser coordinadas y que se asigne a cada una su esfera de validez correspondiente”<sup>30</sup>. Los nuevos sistemas habrán de considerar necesariamente aquellos elementos contenidos en los anteriores que parecen repetirse, una y otra vez, en la aventura del pensamiento.

Como veremos más adelante, esta inclusión del pasado en el presente es una de las características esenciales de la filosofía whiteheadiana. Los datos que se ofrecen a lo actual son siempre pasado, pero la forma en que dichos datos se incorporan está determinada por lo actual, por el elemento de novedad que cada actualidad tiene en su intrínseca manera de ser.

El sistema no puede ser cerrado puesto que intenta explicar un mundo en continuo proceso de creación en donde la novedad está siempre presente. En *Proceso y Realidad*, Whitehead nos ofrece este sistema y lo hace a través de lo que llama “filosofía especulativa”. Nos dice que “La filosofía especulativa es el intento de enmarcar un sistema de ideas generales, coherente, lógico y necesario, en términos del cual pueda interpretarse cada uno de los elementos de nuestra experiencia”<sup>31</sup>. Es de notar la similitud que existe entre esta definición de lo que debe intentar la filosofía, dada en 1929, y la que ofrecimos anteriormente, aparecida en *El Concepto de la Naturaleza*, en 1920.

El ambicioso proyecto de que Whitehead nos habla no supone un cómodo divorcio entre lo general y lo particular, pues “la elucidación de la experiencia inmediata es la única justificación de cualquier pensamiento y el punto de partida del pensamiento es la observación analítica de los componentes de esta experiencia”<sup>32</sup>. La filosofía de Whitehead es, pues, una filosofía de ida y vuelta que busca proyectarse sobre la realidad que le dió origen para organizarla y enriquecerla, facilitando la aparición de lo novedoso: de aquello que la realidad esconde como posibilidad.

“El verdadero método del descubrimiento es como el vuelo de un aeroplano. Despega del suelo de la observación particular; hace un vuelo sobre la tenue capa de aire de la generalización imaginativa y aterriza de nuevo para reanudar la observación agudizada por la interpretación racional”<sup>33</sup>. Entiende Whitehead que sin esta dimensión imaginativa que la especulación filosófica nos ofrece no es posible interpretar correctamente nuestra experiencia, puesto que tendemos a investigarla en compartimen-

<sup>29</sup> Opus cit., p. 9.

<sup>30</sup> Ibid., p. 11.

<sup>31</sup> Ibid., p. 4.

<sup>32</sup> Ibid., p. 6.

<sup>33</sup> Ibid., p. 7.

tos separados, creando con ello una imagen del mundo truncada y sin clara interrelación. Esta dimensión imaginativa que nos permite vincular realidades aparentemente distintas es el origen de todo progreso, pues la capacidad asociativa que nos presta hace posible, *a priori*, buscar en la experiencia constancia de esas asociaciones. “Una de las principales leyes que sustenta el progreso humano consiste en que, salvo en casos muy raros, el pensamiento precede a la observación”<sup>34</sup>. No quiere ello decir que el pensamiento preceda a la experiencia, pues ya hemos visto que la experiencia es la premisa de todo pensar.

El ámbito de experiencia desde donde Whitehead parte para proyectar su sistema filosófico es el de la ciencia, concretamente el de la física contemporánea. Como bien señala I. Leclerq<sup>35</sup>, los problemas que Whitehead encuentra al entrar en su etapa metafísica, o quizá mejor, los problemas que le obligan a entrar en dicha etapa, están íntimamente vinculados a los que se plantea en su filosofía de la ciencia, pero no son necesariamente una consecuencia de ellos. En cierta medida, la etapa metafísica señala hacia un cambio de interés en Whitehead, pero sería difícil defender que no se planteó estos problemas hasta tanto decidió escribir sobre ellos. En el fondo, no hay tal separación en el pensamiento de un filósofo: la problemática está, por lo general, dada desde un principio, implícita, por así decir, en su gama de intereses. Así, Whitehead se ocupó de problemas metafísicos mucho antes de escribir sobre ellos. Por otra parte, hay que tomar en cuenta que la física es el punto de referencia que emplea, su premisa, refiriéndose a ella para ejemplificar su pensamiento metafísico una y otra vez<sup>36</sup>.

No cree Whitehead que la base desde donde se inicie el pensamiento especulativo haya de ser determinante de sus límites. “El éxito del experimento imaginativo debe comprobarse siempre mediante la aplicabilidad de sus resultados más allá del *locus* restringido donde se originó. A falta de semejante aplicación extendida, una generalización que parta de la física, por ejemplo, sigue siendo meramente una expresión alternativa de nociones aplicables a la física. La generalización filosófica parcialmente acertada que se derive de la física encontrará aplicación en campos de experiencia que van más allá de la física”<sup>37</sup>.

Aunque aceptemos, con ciertas reservas, que Whitehead pueda partir de la física mayormente, vemos ahora que, a su entender, ello no determina, o no debe determinar, los resultados finales de su metafísica. Si, como veremos después, el Universo es una totalidad orgánicamente estructurada y cada una de las “entidades actuales” que lo componen está vinculada de diversas maneras a todo lo demás, cada una de estas entidades es una síntesis que refleja el universo mismo, o al menos, el adscrito a la situación espacio-temporal de la entidad en cuestión. De esta premisa básica se deduce que las características metafísicas de una entidad actual deben aplicar, en principio, a todas las demás entidades actuales<sup>38</sup>. Lo mismo ocurre con las formas de relación —las llamadas “prehensiones”—

<sup>34</sup> FR., p. 32.

<sup>35</sup> *Whitehead's Metaphysics*, George Allen and Unwin Ltd., London, 1958, p. 5.

<sup>36</sup> Para señalar algunos ejemplos, véase PR., pp. 192, 247, 285, 323, 353-354, 389.

<sup>37</sup> PR., pp. 7-8.

<sup>38</sup> Opus cit., pp. 138-139.

de las entidades entre sí y con los "objetos eternos", que son las otras entidades fundamentales a que Whitehead se refiere.

No debe extrañarnos, pues, que Whitehead señale que, en principio, las consecuencias metafísicas derivadas de la física deban aplicar *idealmente* a campos tan dispares como la ética, la estética, psicología, la sociología, etc. Las consecuencias generales derivadas de un específico campo de experiencia son *aplicables* a dicho campo, si además estas consecuencias aplican a otros son también *adecuadas*. Un auténtico sistema metafísico deberá mostrar al menos cuatro características: *coherencia y lógica*, en cuanto a su estructura y *aplicabilidad y adecuación* en cuanto a su capacidad instrumental. Un sistema es adecuado, según Whitehead, cuando no hay elementos en la realidad que no sean dables a interpretación mediante el sistema<sup>39</sup>.

No debe entenderse que Whitehead mantiene que un sistema metafísico pueda cabalmente alcanzar este objetivo de adecuación<sup>40</sup>, y mucho menos que el suyo lo haya alcanzado. La adecuación, en el sentido que aquí se emplea el término, debe ser la meta de todo sistema filosófico, pero, por motivos obvios, es siempre inalcanzable. No obstante, mientras mayor adecuación a la realidad en su conjunto, mayor validez tendrá el sistema en cuestión.

Mucho se ha hablado y discutido sobre la adecuación de la filosofía del organismo; de si esta doctrina permite interpretar con utilidad los diferentes ámbitos de la experiencia humana. Un número de especialistas de reconocida competencia en la materia opinan que sí<sup>41</sup> y creemos que esta opinión puede aceptarse en términos generales.

Tampoco han faltado críticas muy severas contra la filosofía bajo estudio. La mayor parte de ellas provienen de filósofos de orientación científica acaso un tanto estrecha<sup>42</sup>. Muchos pensadores que fueron grandes admiradores de Whitehead en su etapa de filosofía de la ciencia, no le perdonaron nunca su entrada en la metafísica, considerándola poco menos que una traición producto de debilidad senil.

## CIENCIA Y FILOSOFIA

Conviene considerar por encima los motivos que se encuentran o pueden encontrarse detrás de esta actitud. El científico, o el filósofo de la ciencia, enfrenta un ámbito de pensamiento perfectamente definido y con un contenido concreto dable al análisis lógico. Es un mundo cómodo y amable, dentro de su frialdad, en el que los fenómenos se repiten una y otra vez sin que podamos o queramos dar realmente cuenta de por qué ocurre así. En última instancia, la objetividad del ámbito científico no nos

<sup>39</sup> Ibid., p. 4.

<sup>40</sup> Ibid., p. 6.

<sup>41</sup> Véanse, entre otros, los ensayos de J. D. GARCÍA BACCA: "A. N. Whitehead o la Metafísica del Ser Actual", anteriormente citado; de J. NEEDHAM: "A Biologist's View of Whitehead's Philosophy"; de PERCY HUGHES: "Is Whitehead's Psychology Adequate?"; y el de VÍCTOR LOWE: "Whi-

thead's Philosophical Development". Los tres últimos ensayos en *The Philosophy of A. N. Whitehead*, 2.<sup>a</sup> Ed. Tudor Publishing Co. N. Y., 1951, pp. 241-271; 275-299; y 17-124, respectivamente.

<sup>42</sup> Véase, entre otros, el libro *Process and Unreality*, de Kohlsaat Wells. (pref., p. vi-vii).

compromete; el hombre no es nunca responsable de sus descubrimientos, sólo de sus creaciones. El objeto sobre el que se proyecta la ciencia tiene un contenido, un ser propio, una conducta que se nos descubre ante el análisis. El lenguaje del mundo físico son las matemáticas y en ellas el decir se plasma en la exactitud. La ciencia descubre y nos muestra lo dado y su lenguaje matemático nos permite fijar ese ser concreto sin ambigüedades peligrosas. A mayor especialización mayor profundidad, pero "Mientras más se extienda el objeto de estudio de una ciencia, más se contrae su pertinencia al universo, ya que presupone un ambiente más estrictamente definido"<sup>49</sup>. La ciencia, sin referencia a la metafísica, dice lo que dice, nada más. Si intenta extenderse amplía con ello su ambiente y los nuevos elementos que en él se encuentran influyen en los contenidos cambiándolos.

La filosofía nos encauza, tarde o temprano, hacia ámbitos indiferenciados y el último de estos ámbitos es la dimensión de lo que *no es*. En esta dimensión encontramos el fundamento de toda posibilidad. Whitehead llama a este mundo "el reino de los objetos eternos". Mientras la ciencia se ocupa de lo *dado*, la filosofía, en su dimensión metafísica, tiene que tomar necesariamente en cuenta lo *por darse*, que es de por sí indefinido hasta tanto adquiere realidad a través de nuestra definición o de alguna otra forma de encarnación en lo actual.

Es el mundo en que se encuentran los valores, que sólo son, hablando en términos clásicos, cuando se plasman en un *bien*, pero que no por ello dejan de constituir un factor determinante en nuestra realidad cotidiana.

En oposición a la doctrina platónica Whitehead mantiene que los objetos eternos no son un *en sí*: su ser depende de su *ingresión* en lo actual. Al adentrarnos en el estudio de este tipo de objetos encontramos que los conceptos de verdad y exactitud no aplican en la misma forma en que lo hacen en los objetos que la ciencia estudia. La definición de lo posible no encuentra un objeto *concreto* que le sea anterior y al que refleje y, en consecuencia, la "verdad" de la definición metafísica es, en general, muy otra que el concepto de verdad que tradicionalmente se aplica a la ciencia: la adecuación de un juicio con el objeto enjuiciado. Ya Kant señaló en su tiempo este grave problema a que se enfrenta la metafísica; lo que realmente intenta Whitehead es crear una metafísica que haga posible esta constatación.

La filosofía de Whitehead intenta ser una de ida y vuelta. Aunque los conceptos metafísicos puedan carecer de objetos concretos que les sean anteriores, toda realidad está estrechamente vinculada al reino de la posibilidad. Así, en cualquier nivel, aun en el de las cosas más concretas, encontramos la dimensión metafísica implícita y vigente. Por lo tanto, las relaciones y estructuras de los planos físico y metafísico pueden sistematizarse y comprobarse su veracidad y adecuación con la realidad originaria. Esto no es otra cosa que el método normal de la ciencia, pero los contenidos del método —la realidad en este caso— se amplían y definen de manera estructural para que la interrelación sea posible. Una metafísica

<sup>49</sup> *Modes of Thought*, Capricorn Books, N. Y., 1958, p. 77.

que carezca de esta condición *sine qua non* no tiene para Whitehead sentido. Es evidente que en la metafísica no puede nunca alcanzarse la exactitud que es dable a la ciencia. Esto se debe a que el instrumento que la metafísica emplea es el lenguaje y éste no es un vehículo de expresión exacto; al menos no en el sentido en que lo son las matemáticas<sup>44</sup>. No ha de extrañarnos la prevención con que buen número de los antiguos compañeros y admiradores de Whitehead miran y calibran su aventura metafísica. Es mucho más cómodo limitar nuestro pensamiento a problemas concretos, fácilmente constatables y traducibles a un lenguaje exacto y unívoco, que enfrentar generalizaciones de apariencia ambigua e imprecisa, como son los valores, los objetos eternos, Dios, y otros muchos conceptos que Whitehead ofrece.

Estos mismos filósofos no parecen haberse percatado de que la metafísica de Whitehead—siendo metafísica en el sentido más estricto—no sólo no contradice los principios y métodos de la ciencia, sino que los supone. En el fondo, como señala W. Mays<sup>45</sup>, la metafísica de Whitehead se basa en dos nociones científicas de señalada importancia; una es el método empleado por la lógica simbólica, con su especial hincapié en los sistemas complejos relacionados; la otra es la *field theory* de la física actual, con su énfasis en la historicidad de los sistemas físicos.

Apunta este autor<sup>46</sup> que el sistema abstracto que se nos ofrece en *Proceso y Realidad* puede identificarse con el *continuo extenso* que emplea como marco de referencia. Este *continuo* puede, limitadamente, interpretarse como el “receptáculo” en donde los acontecimientos tienen lugar y la actualización del mismo—que supone unas propiedades en potencia—da lugar a la cosmología completa. El *continuo extenso*, con sus propiedades geométricas y matemáticas, no *existe* como tal hasta tanto se actualiza. En esta función debemos entender también lo que Whitehead llama objetos eternos. Debe aclararse, sin embargo, que tanto los objetos eternos como acaso también el *continuo*, reciben una actualidad a priori, un orden preestablecido, a través de la Naturaleza Primordial de Dios, pero este problema debe ser tratado separadamente.

Señala justamente Mays<sup>47</sup> que la lectura del ensayo *On Mathematical Concepts of the Material World*, publicado en 1906<sup>48</sup>, revela que Whitehead intenta en él aplicar el sistema axiomático a la física, en forma muy similar a lo que, muchos años después, en 1929, haría en *Proceso y Realidad* en relación a la cosmología.

Ello parece confirmar que la obra de Whitehead tiene una mayor coherencia lógica de lo que en un principio se creyó y que no hay una diferencia básica, en cuanto a métodos y objetivos se refiere, entre su metafísica y su obra anterior.

<sup>44</sup> PR., p. 16.

<sup>45</sup> *The Philosophy of Whitehead*, George Allen and Unwin Ltd., London, 1959, p. 20.

<sup>46</sup> Opus cit., p. 43.

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 20.

<sup>48</sup> *Philosophical Transactions of The Royal Society*, Series A, 205, 1906, pp. 465-525. También se incluye este ensayo en: *A. N. Whitehead. An Anthology*, por F. S. C. NORTHROP y MASON W. GROSS, The MACMILLAN Co. N. Y., 1961, pp. 11-82.

## EL PROBLEMA DEL DUALISMO

El cómodo rechazo de la metafísica desemboca inevitablemente en un nuevo dualismo, implícito si se quiere, pero no por ello menos peligroso. La realidad nos ofrece, en apariencia, dos ámbitos; uno en el que los problemas tienen soluciones constatables; el otro nos lleva a un mundo cuya problemática no puede fijarse, al parecer, con la misma exactitud. Nada más fácil y tentador que prescindir del segundo ámbito afirmando nuestra acción sobre el primero. Este nuevo dualismo divide, como los tradicionales, la realidad en dos mitades para quedarse con lo que más le conviene, en la que más a gusto el hombre se puede afincar. La otra se recusa como continente de pseudo-problemas, indignos de la consideración de pensadores serios. Pero gústenos o no, ahí se nos queda, muda y quieta, condicionando nuestro diario actuar. A fin de cuentas, el hombre sólo puede dominar lo que conoce.

Whitehead niega la posición dualista tradicional sin caer, por otra parte, en una posición monista. Para nuestro filósofo la realidad es una y múltiple al mismo tiempo. Monismo y dualismo son dos formas de interpretar lo real, ambas válidas desde una cierta perspectiva, pero falsas si se consideran por separado o si se intenta dar primacía a una sobre otra. Señala que su posición propone un dualismo con una interpretación diferente a la tradicional<sup>49</sup>. La diferencia platónica entre lo *espiritual* y lo *físico*, las sustancias *pensante* y *extensa* cartesianas, y la dualidad de *entendimiento humano* y *cosas externas* de que nos habla Locke, son dualismo todos que se encuentran *dentro* de cada ocasión actual. Si consideramos cualquier objeto actual, una silla, por ejemplo, es *uno* si lo situamos en un momento de su historia-vida, pero es *muchos* a través de su historia. Es también *uno* en relación a sí mismo, pero *muchos* en cuanto a la totalidades de *sociedades* que lo componen. A su vez, cualquier entidad actual está unida estrechamente a todo lo que ha sido y es, formando un conjunto que es el universo en dicha síntesis. Pero no podemos hablar de monismo puesto que el universo *uno* nunca es estático, se encuentra en continuo proceso de creación, formando, a su vez, una compleja entidad actual dable al mismo análisis anterior. Aunque toda entidad tiene un *polo físico* y otro *mental*, ambos no son separables; son dos formas de ser, entre otras muchas, *una* entidad actual. Por otra parte, el universo no es *uno* con muchas fases subordinadas, ni estático tras su cambiante apariencia. Cada vez que en filosofía se comete este error, se debe a la *falacia de la concretación fuera de lugar*, que consiste en confundir una abstracción con un hecho concreto último. Esta falacia ha sido la causante de la mayor parte de los errores que han plagado la historia de la filosofía<sup>50</sup>.

Nos dice Whitehead: "El universo es dual porque, en el más amplio de los sentidos, es tanto transitorio como eterno. El universo es dual porque cada actualidad final es tanto física como mental. El universo es dual porque cada actualidad exige carácter abstracto. El universo es dual porque cada ocasión une su inmediatez formal con su otredad objetiva. El

<sup>49</sup> AI., p. 244.

<sup>50</sup> PR., pp. 11, 27.

universo es *muchos* porque es analizable, total y completamente, en muchas actualidades finales, o, en lenguaje cartesiano, en muchas *res veruae*. El Universo es *uno* debido a la inmanencia universal. Existe, por lo tanto, un dualismo en este contraste entre la unidad y la multiplicidad. Por todo el universo reina la unión de los contrarios, que es el fundamento del dualismo <sup>51</sup>.

Whitehead se nos presenta a contrapelo de la corriente en boga en las modernas filosofías de la ciencia, buscando armonizar los dos ámbitos en entredicho, pero rechazando, por otra parte, la tentación de tomar el dualismo como *premisa* de su filosofía. El pensamiento de Whitehead explica e incluye el dualismo en su sistema, pero no lo *supone*.

Al analizar los problemas que se plantea la fisiología actual <sup>52</sup>, señala la influencia que una metodología útil y aplicable puede tener en el rechazo, por no amoldarse al método, de hechos empíricamente constatables en nuestro diario vivir. La metodología empleada por la fisiología aplica, con gran éxito, a los problemas en que se ocupa, pero es evidente que el problema esencial de la fisiología consiste en entender las actividades de un organismo; *todas* sus actividades, o al menos, así debiera ser.

Al tomar como premisa que los principios que gobiernan las transformaciones de materia y energía que constituyen un organismo son idénticos a los que gobiernan las actividades de la materia inorgánica, la fisiología moderna ofrece una verdad incuestionable. No obstante, de ahí a suponer que no hay *otros* principios envueltos hay mucha diferencia. La conducta humana, tan "física" y concreta como puede serlo cualesquiera de sus otras funciones, se gobierna por una serie de actividades como la valoración, los propósitos, la previsión, etc., que no son analizables en función de la metodología que la fisiología aplica. En consecuencia, se quedan sin analizar. Pero, en último término, el hombre es lo que es como un conjunto y el pensamiento, por ejemplo, es tan parte esencial de su ser concreto como pueda serlo el latir de su corazón. Si algo no debemos hacer es limitar un problema a las posibilidades de solución de una metodología. Si caemos en esa tentación, el problema se queda ahí, esperando solución e interfiriendo en nuestras actividades. Podemos y debemos aceptar las soluciones operativas que el método ofrece, pero teniendo siempre en cuenta que es preciso seguir buscando nuevas fórmulas que nos permitan enfrentar el problema en su conjunto.

Whitehead, frente a la estrecha perspectiva de algunos— acaso muchos— hombres de ciencia, se niega a rechazar, por más molesta que pueda resultar, la evidencia del sentido común, que trata de incorporar a su filosofía.

Muchos científicos, nos dice Whitehead, se han dedicado pacientemente a diseñar experimentos con el *propósito* de probar su creencia de que las actividades animales no estén motivadas por ningún propósito. Este mismo señor puede escribir largos y eruditos ensayos sosteniendo que los seres

<sup>51</sup> *Id.*, p. 445. El párrafo que citamos es, con algunas modificaciones, similar al que cita A. H. JOHNSON en su libro *Whitehead's Theory of Reality*, (p. 168), cuya

referencia bibliográfica se da como *The Philosophical Review*, Vol. XLI 1932), pp. 145-146.

<sup>52</sup> *FR.*, pp. 11-16.

humanos son exactamente lo mismo que cualquiera de los otros animales y que, en consecuencia, la categoría de "propósito" es totalmente ajena a la explicación de sus actividades físicas, incluyendo, claro está, la del científico en cuestión. "Los científicos animados por el propósito de probar que carecen de él, constituyen un interesante objeto de estudios..." "...El clero cristiano ha presentado frecuentemente las mismas objeciones a aquellas innovaciones juzgadas como peligrosas para la fe y la moral. El mundo de la ciencia resiente vehementemente estas limitaciones a la consideración de la evidencia. Sin embargo, en defensa de sus propios dogmas, el científico no actúa en forma diferente a como lo hace el clero. El fisiólogo y el legislador del Estado de Tenesi exhiben los mismos principios de conducta humana. De hecho, todos los hombres se encuentran a este respecto a un mismo nivel, y nunca podremos mejorar a no ser que comprendamos la fuente de nuestra tentación"<sup>53</sup>.

Esta "tentación" de que nos habla consiste en la enraizada tendencia humana a rechazar la novedad, puesto que toda novedad supone un cambio en el orden constituido y puede dar lugar, en último término, al desorden y al caos, lo que conlleva la desagradable tarea de ordenar de nuevo.

El rechazo de esta tentación es una de las características de la obra de Whitehead, quien sabe muy bien que el mundo no puede explicarse de una vez para siempre.

En *La Ciencia y el Mundo Moderno*<sup>54</sup>, se nos hace un análisis somero de las últimas consecuencias del mecanicismo materialista tradicional, demostrando la imposibilidad de aceptarlas por ser inoperantes en nuestro mundo. En el caso del mecanicismo materialista encontramos que sus resultados sólo aplican a un ámbito de fenómenos muy restringido —a ciertas entidades abstractas producto del pensamiento lógico—, pero no aplican a una extensa gama de experiencias perfectamente comunes y constatables.

Si mantenemos que las moléculas se mueven sin ningún propósito, no hay posibilidad de enfocar desde esta premisa toda una gran esfera de actividades adscritas a los organismos vivos. Las entidades atómicas materiales que la física toma en consideración son una abstracción que se obtiene rechazando todo aquello que concierne a su interrelación mutua, que determina sus formas de comportamiento. Por ello, las leyes de la física dejan fuera lo que las partículas son en sí y sus posibles modificaciones<sup>55</sup>.

O sea, la física asume que una vez conocida una ley en el comportamiento de estas partículas, la misma aplica a todas las demás partículas sin referencia al ambiente en que puedan encontrarse. Un electrón, por ejemplo, sigue el mismo comportamiento si forma parte de un pedazo de roca que si la forma de un cerebro humano. En esto estriba principalmente la abstracción que da lugar al error inicial.

Rebatiendo esta doctrina, mantiene Whitehead<sup>56</sup> que el mundo externo, el ambiente en que se encuentra cualquier entidad, influye en forma determinante en la misma. Por lo tanto, al considerar a las entidades sin referencia a su ambiente cometemos una falacia que no refleja los hechos

<sup>53</sup> Opus cit., p. 17.

<sup>54</sup> *Smw.*, pp. 115-116.

<sup>55</sup> Opus cit., pp. 155-156.

<sup>56</sup> *Pr.*, pp. 151-152.

constatables y observados. La diferencia en los ambientes da lugar a dos tipos de cambio en las entidades a que nos referimos: por una parte, pueden presentarse diferencias entre las entidades entre sí, y por otra, quizá la más frecuente, pueden presentarse diferencias en el *comportamiento* de las entidades en dos ambientes distintos. “Un caso obvio de una tal diferencia de comportamiento la ofrece la noción de la deformación de un electrón de acuerdo a las variaciones de su situación física”<sup>57</sup>.

Mantiene Whitehead que las entidades reales son organismos, aunque no debe entenderse esta palabra en la acepción biológica que comúnmente recibe, y que la estructura del *conjunto* influye en el carácter de los organismos subordinados que lo componen. En el caso de los seres vivos, los estados mentales son parte esencial de su estructura y modifican la de los organismos subordinados hasta alcanzar a los organismos más pequeños, tales como el electrón<sup>58</sup>. Conviene aclarar que el término *organismo* se emplea en *La Ciencia y el Mundo Moderno* en el sentido que en libros posteriores habrá de tener el término “sociedad”.

“La ciencia”, nos dice Whitehead, está adquiriendo un nuevo aspecto que no es ni puramente físico ni puramente biológico. Se está convirtiendo en el estudio de los organismos. La biología es el estudio de los organismos más grandes, mientras que la física es el estudio de los organismos más pequeños. Existe otra diferencia entre estas dos divisiones de la ciencia. Los organismos de la biología incluyen como ingredientes los más pequeños organismos de la física, pero en la actualidad no existe evidencia de que el más pequeño de los organismos físicos pueda ser analizado en organismos componentes. Puede que sea así. Pero, sin embargo, nos enfrentamos al problema de si no hay organismos que sean incapaces de mayor análisis. Parece poco probable que pueda haber un regreso al infinito en la naturaleza. En consecuencia, una teoría científica que descarte el materialismo tiene que ofrecer una respuesta sobre el carácter de estas entidades primarias”<sup>59</sup>.

El carácter de estas entidades y sus relaciones es el objetivo primordial de la filosofía de Whitehead. Sobre estas entidades y sus características ha de descansar todo el edificio lógico del sistema.

JORGE ENJUTO

Profesor de la U. de Puerto Rico

<sup>57</sup> Opus cit., p. 152.

<sup>58</sup> *SMW.*, p. 115.

<sup>59</sup> Opus cit., pp. 150-151.